

Cosmos, hombre y utopía

RESUMEN

La relación hombre-cosmos pensada no como dualismo sino como unidad: el hombre corporalmente es un pedazo de cosmos, de polvo estelar.

La filosofía cósmica piensa el hombre no como un ser vivo en el cosmos sino como un ser cósmico en la vida. Se sustenta la utopía en la configuración del ser hombre. Las filosofías han sido unilaterales, unicistas, monolíticas. Han sido construidas para adeptos, para creyentes. El Vitalismo Cósmico no es un sistema, es una teoría para creadores.

ABSTRACT

Cosmos, Man and Utopia

The relation of man to cosmos, thought of not as a dualism but as a singularity: man's body is a piece of the cosmos, stardust.

Cosmic philosophy thinks of man not as a living being in the cosmos but as a cosmic being in life. The essay supports this utopian configuration of the human being. Philosophy has been unilateral and monolithic. It has been created for the converted. "Cosmic Vitalism" is not a system, but a theory for creators.

PALABRAS CLAVES:

Cosmos, hombre, utopía, no-razón, transnaturaleza.

EL AUTOR:

Escritor, pensador, profesor emérito y maestro de la Universidad Nacional de Colombia; fundador y director de la revista *Politeia* (29 números). Fundador y miembro de la Junta Directiva de la Asociación Colombiana de Filosofía del Derecho y Filosofía Social. Algunas obras suyas: *Vida, ética y democracia*, Universidad Nacional de Colombia, 2ª edición, 2001; *El poder de la filosofía y la filosofía del poder*, Universidad Nacional 2 t., 3ª ed., 2001.; *El derecho a la utopía*, Bogotá, Universidad Nacional, 4ª ed., 2002; *Martin Heidegger: La filosofía del regreso a casa*, Universidad Nacional de Colombia, 2004.

El Cosmos está allí, frente a nosotros, lo columbramos en el espacio o avisamos un retazo de él frente a nuestra mirada. El Cosmos es físico, configura el habitáculo de la vida, del hombre; es el horizonte del espíritu como fuerza reflexiva, de ideación, de creación, de sueño, de ejercicio vital... ¿El Cosmos es todo o es una parte del todo? Parece ser sólo un continente, pero si no puede ser mera forma es también el contenido. Incluso la cosmología contemporánea propone que si nuestro universo es una mera burbuja al lado de otras, llamemos Cosmos al supremo universo. Sería entonces el infinito. Es muy difícil operar con conceptos que no se delimitan. Es así una especie de referente general al cual se remiten todos los conceptos cosmológicos, es decir, los que tienen una configuración espacial.

El primer referente del hombre es el Cosmos. Ese término griego (Χόσμος, Kósmos, mundo) es uno de los pilares del pensamiento filosófico. El Vitalismo Cósmico parte del hombre-Cosmos. El hombre-Cosmos es una recurrencia a nuestros orígenes, pero es también una reflexión sobre el presente; somos corporalmente seres cósmicos, nuestra identidad cósmica abre la perspectiva de una filosofía que integra naturaleza y transnaturaleza (vida social, en este caso), pero no como el positivismo con la unidad de conocimiento; ni como los neokantianos alemanes con una separación teórica. El Vitalismo Cósmico, por el contrario, los articula como dos momentos o dimensiones de la unidad hombre, dos com-

ponentes de la configuración del hombre en tanto ser natural-transnatural; el Cosmos es también la ruta para concebir al hombre desde la perspectiva fundamental de la biología, de la cual parte Darwin; el Cosmos es, finalmente, el principio irrebasable del hombre, de la naturaleza, de la vida, desde un ángulo filosófico.

El hombre-Cosmos nos permite comprender que el Cosmos no es un más allá de nosotros, ya que es el artífice de nuestro cuerpo; el Cosmos es la antesala y el sustento de la vida. Como seres cósmicos, no podemos morir, el Cosmos nos lanza a través de la naturaleza a la militancia del mamífero transgresor, del ser natural-transnatural, pero nos transforma luego en moléculas orgánicas en infinitud silente, de la cual surge la nueva vida cósmica, por la reconversión de las moléculas sobrevivientes.

Una filosofía cósmica piensa el hombre de una manera diferente:

Primero: el hombre no puede ser concebido como un ser vivo en el Cosmos, sino más bien como un ser cósmico en la vida; el Cosmos es el origen y la materia irrebasable de la naturaleza en tanto orden de la vida, y por esto lo es también del hombre. En este primer momento se da una identidad previa Cosmos-hombre.

Segundo: luego se considera la vida como entidad cósmica, la fuerza organizadora y creadora engendrada por el Cosmos; el ánimo vital es necesario distinguirlo de la materia inerte, la vida es una cualidad que funda una nueva dimensión.

Tercero: la vida engendra en una esquina, la de los mamíferos, otra dimensión nueva, la transnaturaleza; identidad-no-identidad hombre Cosmos. La vida universal –segundo momento– sigue inmersa en el Cosmos.

El Homínido bosquejó la única forma distintiva del Cosmos, en su largo camino hacia el *Homo sapiens*, a través del lenguaje (tercer momento).

El hombre es un ser cósmico que sin salir de la naturaleza, diseña la transnaturaleza (internamente: lenguaje, mente, consciencia, yo, ello, super-yo... y como proyección, la cultura, la ética, el Estado, la civilización, la producción, el arte, la ciencia, la filosofía...). Lo que permite distinguir al hombre de todos los demás animales es su transnaturaleza; es la única dimensión no-cósmica destinada al diálogo y a la interacción con el Cosmos; es una ruptura que generó un intercambio que ha sido inmensamente productivo y creativo en la historia, pero que en la forma desaforada en que se realiza hoy, puede generar la autodestrucción de la vida; es la creación-destrucción que configura el ser del mamífero transgresor. El hombre es un ser cósmico que habla, piensa, ríe, imagina, desea, produce, crea... y puede llevar a la praxis sus proyectos.

El hombre es un pedazo de Cosmos, de polvo estelar, que tiene animación. El Cosmos es generalmente un término de la física (cosmología) o de la charlatanería de los horóscopos. ¿Por qué aludirlo filosóficamente? Es como regresar al pensamiento griego a sustentar de nuevo el bios; el Cosmos está implícito en todas las formas vivas. Todos los vivientes están relacionados íntimamente. La célula y la configuración de todos los entes vivientes forman una arquitectura cósmica. Y si todas las formas vivas son cuerpos bacteriales, como piensan Lynn Margulis, Dorion Sagan y muchos otros grandes biólogos de hoy¹, el Cosmos, materia inorgánica, genera la materia orgánica, la vida, en algún momento.

Al comenzar el *Tractatus logico-philosophicus*, Ludwig Wittgenstein afirma:



La canoa del doctor Crevaux remontando el Oyapock.

¹ Lynn Margulis y Dorion Sagan: *¿Qué es la vida?*, Barcelona, Tusquets, 1996, pág. 69 y ss.

"1 El mundo es todo lo que acaece.

1.1 El mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas.

1.1.1 El mundo está determinado por los hechos y por ser *todos* los hechos.

1.1.2 Porque la totalidad de los hechos determina lo que acaece y también lo que no acaece.

1.1.3 Los hechos en el espacio lógico son el mundo"².

Aparece el concepto de mundo, diferente del concepto de universo. El mundo es el ámbito de conocimiento del hombre, es el campo de operatividad de la actividad humana, un referente obligado del *Dasein*³.

La existencia se da en el tiempo –para Heidegger– pero tiene como referente el mundo. Por eso Wittgenstein sostiene que el mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas. Los hechos son el resultado de la actividad humana o de la operatividad de la naturaleza, independientemente del hombre. Restan las "cosas"; éstas están dadas, ¿configuran el mundo? El Cosmos aparece así como el ámbito ¿pasivo?, en el cual se cumple el mundo humano y el mundo natural.

El Cosmos es el campo en el cual nos movemos, habitamos y nos proyectamos. El hombre y la naturaleza misma sólo se pueden comprender en interrelación con el Cosmos. Desde el punto de vista descriptivo, se avanza del Cosmos a la naturaleza y a la vida, en una esquina de la cual surgirá la transnaturaleza.

Ahora, desde el punto de vista dinámico hay una interrelación inseparable: Cosmos, naturaleza, vida, en la cual apenas si podemos hablar de momentos. El hombre-Cosmos del Vitalismo Cósmico implica la inmanencia del Cosmos en la vida y del hombre en la vida, luego el Cosmos no puede ser pasivo. Así la vida aparece como el concepto central del pensamiento filosófico.

La vida es el gran piélagos en el cual el Cosmos deviene naturaleza, la más alta forma de este universo. El verso de Nietzsche personifica a Goethe y en él el fenómeno de la caracterización de la vida: "Sí, yo sé de dónde vengo, insaciable, ardo y me consumo como la llama. Todo lo que apreso se vuelve luz; todo lo que dejo, cenizas; una llama, eso soy"⁴. La vida es un haz infinito de fenómenos con una potencialidad maravillosa, pero para comprenderla cualitativamente es necesario hacer muchas distinciones, precisiones y diferenciaciones. Konrad Lorenz escribe: "Las leyes del mundo inorgánico no tienen historia. Las cosas inorgánicas, como una piedra, un planeta o un sistema solar tienen, es cierto, un pasado que explica su ser-así-y-no-de-otra manera, pero no por ello la antiquísi-

ma cadena de fenómenos del reino inanimado da lugar a otros nuevos, más complejos y especiales"⁵.

La vida sólo se origina de la vida, pero en el comienzo del proceso las bacterias emergieron probablemente de procesos protobiológicos. La vida es un orden de la naturaleza, tardío y muy complejo, pero sin duda se da una interrelación de todos los vivientes. La ecología y el ambientalismo parten de este hecho: la vida es una. Cuando un individuo humano se preocupa por su participación en la vida, piensa con angustia que su vida puede terminar pronto. Pero la vida sigue, lo que se da entonces es una manifestación de la subjetividad preocupada por la disolución de la identidad. El individuo humano es un sujeto singular, pero posee, mientras dura, la vida como energía universal en la singularidad. Cuando ese individuo se transforma, la vida continúa; lo único que se desdibuja –no que se pierde– es la subjetividad. Las moléculas orgánicas que configuraron al individuo que nos ocupa, continúan en el proceso vitalizador y van a incorporarse a pájaros, ranas, gusanos... y siguen en la corriente indefinida de la vida, utilizando formas que se configuran temporalmente para seguir escenificando la compleja densidad de vivientes tan profundamente interrelacionados, que nos permite concluir que la vida se alimenta de la vida. La vida no muere, a menos que una catástrofe cósmica, como sería la energía atómica o la destrucción sistemática de los ecosistemas, la destruyera. La vida sólo contiene vida. La muerte es un concepto metafísico.

El hombre no es un fin de la naturaleza, sino el resultado de la evolución en una esquina inopinada de los mamíferos. Por más que se profundice en la naturaleza, en la biología, en la evolución, no se podrá entender la configuración del *Homo sapiens*. Es un principio capital del Vitalismo Cósmico. En efecto, la evolución explica muy bien el proceso desde el primate hasta el homínido: éste ha configurado una mayor capacidad cerebral, se ha tornado omnívoro, camina erecto, empieza a utilizar el fuego y a usar herramientas; pero lo que produce la ruptura epistemológica, la salida del homínido de su ser únicamente natural y su configuración devenida natural-transnatural es el lenguaje.

La conformación del homínido, como ser de transición, era sin duda ya una ruptura con el primate, ser puramente natural; así tendríamos necesidad de hablar de rupturas, en plural, pero se da una que va configurándose en el tiempo y produciendo el cambio más hondo que se ha dado en el orden de la vida, la transnaturaleza. El lenguaje permitió al hombre emerger de la

² Ludwig Wittgenstein: *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid, Alianza, 1973, pág. 35.

³ Consúltese Martin Heidegger: *Ser y tiempo*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1998, N° 63, pág. 91.

⁴ Friedrich Nietzsche: citado por Konrad Lorenz, *La ciencia natural del hombre (El manuscrito de Rusia)*, Barcelona, Tusquets, 1993, pág. 138, quien lo atribuye directamente a Goethe.

⁵ Konrad Lorenz: *op. cit.*, pág. 156.

particularidad de la naturaleza: comer, reproducirse, delimitar el territorio, defender la manada... a la universalidad de su ser natural-transnatural, en la cual el discurso proyecta la ambición humana a los límites del universo.

Hombre es aquel ente que aun cuando se mueve generalmente en la particularidad de su ser específico, está en capacidad de concebir, pensar y proyectarse en una perspectiva universal. El propio lenguaje común que utilizamos es ya de lo universal. El ser de discurso de que hablara Heidegger es en verdad el ser del hombre. Ser de discurso significa capaz de rebasar los intereses particulares y asumir teórica y prácticamente los intereses generales, lejanos, extraños. La semiótica puede mostrar, incluso para el hombre más limitado, un sentido que pertenece al mundo social, derivado de fenómenos históricos muy complejos. El hombre es, pues, natural-transnatural, ser biológico y ser de discurso, inmerso en la naturaleza, poseedor de una ciencia y un talento que le permiten interactuar con la naturaleza e incluso dañarla cuando se produce el desfase de la transnaturaleza respecto a la naturaleza.

Naturaleza y transnaturaleza además de ser dos dimensiones objetivas mensurables, son dos dimensiones internas del hombre. El reloj biológico y la brújula creadora, programadora, diseñadora. Es necesario que naturaleza y transnaturaleza estén equilibradas en el funcionamiento de la mente humana. La vida biológica y la vida transnatural en su armonía producen una proyección humana regulada, vital, creadora.

Lo que ha ocurrido en la historia en los dos últimos siglos es el desequilibrio naturaleza-transnaturaleza. La transnaturaleza: ciencia, técnica, acción teleológica (teleología humana, no cósmica) han generado una industrialización y una forma productiva que están arrasando sistemáticamente los ecosistemas y todas las formas generadoras de vida. La ecología critica la destrucción de la vida, pero lo hace sólo a partir del resultado, es una concepción remedial. El Vitalismo Cósmico, en cambio, es una concepción genética que piensa la destrucción de la vida como un desfase naturaleza-transnaturaleza en la mente del hombre, un predominio de la visión técnica sobre la cosmovitalidad, que da como resultado una concepción autodestructora de la vida. El Vitalismo Cósmico es por ello la única teoría capaz de concebir en su génesis la armonización de la vida y de equilibrar a través de la autoeducación naturaleza-transnaturaleza.

En *El derecho a la utopía*⁶ planteé una concepción nueva, original sobre la utopía; ahora intentaré sustentar la utopía en la configu-

ración del ser hombre. La vieja filosofía dice que el hombre es racional; para el Vitalismo Cósmico el hombre es razón-no-razón. La irracionalidad niega la razón; la no-razón, por el contrario, la complementa. La razón se ocupa de la proyección del hombre en la vida laboral, productiva, organizativa. La razón normativa dicta todos los preceptos históricamente regulados para que se dé una proyección eficaz y lograda. Cuando se pretermiten los preceptos se incurre en irracionalidad. La no-razón permite pensar, reflexionar y orientar la otra dimensión del hombre, la pulsión, el inconsciente, el proyecto creador, el mito, el arte, la sensibilidad, la imaginación...

El hombre es, en síntesis, razón, no-razón e irracionalidad; natural-transnatural; consciente-inconsciente; se basa en el conocimiento y la experiencia; en la intuición y la ciencia. No existe ninguna mujer ni ningún hombre que pueda alegar que no tiene creencias. La ciencia es apenas un punto en una circunferencia; el resto se llena con opiniones, reflexiones, razonamientos, conjeturas, creencias...; el hombre es individual y universal; puede conocer, crear y crear. El hombre no es unívoco, es multidimensional. No existe un mundo verdadero. La verdad tiene un estatus puntual en las proposiciones. Un aserto puede ser verdadero o falso, pero no podemos hablar de un mundo verdadero, porque hay muchos mundos posibles, como perspectivas humanas fundamentales, pues no tendríamos un mundo falso para confrontarlo. Si cambiamos la vida, como pretende el Vitalismo Cósmico, el correlato mundo será un trazado nuevo. La utopía contempla el mundo como un mecano, en el cual se dan muchas piezas cifradas, que posibilitan a los creadores idear mundos en los cuales quisiéramos vivir.

Como señalé en *El derecho a la utopía*, la razón está ligada al mundo establecido, determinado, al *statu quo*, por eso el paradigma razón-no-razón permite no una posibilidad sino muchas de crear mundos nuevos. La articulación razón-no-razón despliega la pluridimensionalidad humana: acción y pulsión; producción y creación; aprendizaje y talento; por eso permite otear perspectivas inéditas; combinar lo conocido, medido, elaborado, con lo vislumbrado, presentido, imaginado, con un sentido autocrítico que dé como síntesis lo realizable. La utopía que definiendo no conduce a lo utópico sino a lo utopista.

Las filosofías hasta hoy han sido unilaterales, unicistas, monolíticas. Han sido construidas para adeptos, para creyentes. El Vitalismo Cósmico no es un sistema, es una teoría para creadores, que a partir de unos principios construidos con investiga-

⁶ Darío Botero Uribe: *El derecho a la utopía*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 4ª edición, 2002.

ción, reflexión y crítica prevé caminos que, al ser transitados, eventualmente deben ser reformulados, reconstruidos. La utopía es la sospecha sobre la afirmación de un mundo consciente, verdadero, definitivo. Es la afirmación de que podemos crear mundos a la medida de nuestra imaginación, nuestra capacidad creadora, nuestro talento, nuestra ética y nuestra radicalidad. El totalitarismo del dinero mata la utopía, hay necesidad de diseñar un mundo en el cual múltiples perspectivas creadoras, intelectuales, artísticas, amorosas, de justicia, investigativas, pasionales, de aventura, lúcidas, oníricas, libidinales puedan darse y desarrollarse. Quienes defienden un mundo verdadero son los tiranos o los realistas chatos.

Mi reflexión se abre a la perspectiva del inconsciente, considera la participación del inconsciente en la proyección social de los individuos. Para Freud, las pulsiones en tanto inconscientes no pueden ser conocidas, sólo podemos conocer los afectos que constituyen su manifestación⁷. De acuerdo con Freud, existe una comunicación fluida entre consciencia e inconsciente. Así, tendríamos que si por regla general los contenidos racionales son preponderantemente conscientes y podemos explicarlos en su génesis, exceptuando desde luego las ilusiones de la consciencia, la consciencia falsa, la extralimitación del umbral de la consciencia, la mala consciencia; los sentimientos, los estados anímicos son inconscientes en su génesis pulsional. Conocemos esta parte de la producción del inconsciente, que podemos llamar directa, a través de los estados anímicos, si bien probablemente no la valoramos adecuadamente. Existe otra forma que vamos a llamar indirecta, la que se expresa en los sueños, los actos fallidos, el poder, el amor, la personalidad, el liderazgo, la vida en tanto experiencia humana y voy a incluir acá el resultado de la introyección, la comprensión del contenido inconsciente, en estos casos se requiere de un proceso interpretativo más o menos complejo. En este campo de la no-razón, la manifestación del inconsciente implica una lógica distinta de la propia del mundo racional: los contenidos carecen de toda relación con el espacio y el tiempo; se hallan sometidos al principio del placer, no están sujetos al principio de contradicción⁸.

Existen caminos determinables entre la razón y la no-razón, los cuales van de la consciencia al inconsciente o viceversa. La consciencia y el inconsciente, si bien son manifestaciones concretas de una individualidad (singular-particular), son rutas que obedecen a dimensiones que fueron avenidas, concordantes en la configuración del hombre, pero que han llegado a ser históricamente disímiles e incluso contradic-

torias, por esa razón el puente vitalista requiere varias calzadas, varias dimensiones.

En la vida cotidiana y en la historia siempre tendremos –por lo menos en la perspectiva de la civilización cristiana– manifestaciones contradictorias de la personalidad del hombre, qué digo, del mismo individuo: así se habla del corazón y la razón; de realidad y sueños; de verdad y deseo; de utopía y razón, de consciente e inconsciente, de razón, no-razón.

La civilización ha descalificado todas las manifestaciones de la no-razón, rechazándolas o subvalorándolas, y así el protagonista de esta civilización es unilateralmente racional; avanza científica y tecnológicamente, pero retrocede en punto a la convivencia, a la justicia, a la alegría, a la pasión de vivir.

La utopía es mi propuesta para aquilatar las dimensiones asimétricas, para hacer convergente la verdad y la bondad; la alegría y la producción; la pasión y la responsabilidad; el esfuerzo (yo no defiendo el trabajo) y la sensualidad; Apolo y Dionisio; el deseo y la creación; el sexo y la amistad. La utopía es un patrón de medida inconmensurable; ya me objetarán que esta es una contradicción en sí misma; pero perdóneme, estamos saliendo de la lógica tradicional. Wittgenstein, si reviviera, me llamaría absurdo. Sólo que él se asomó muy lúcida-mente al mundo construido, al mundo de la ciencia, y si a ratos vislumbra dimensiones humanas míticas o de cultura popular, en sus libros, éstos aparecen como un reducto singular. Tanto en el *Tractatus logico-philosophicus* como en las *Investigaciones filosóficas*, hay referencias a vivencias de la vida cotidiana, pero ellas son explicadas como proyección de ese mundo lógico racional. Wittgenstein, como por lo demás todos los pensadores de su época, sólo dispone de la razón y, por tanto, de la lógica (lógica formal y logística) para pensar el mundo. Es sólo en la medida en que hemos creado la no-razón, que hoy el mundo puede pensarse en toda su complejidad. La utopía es una mirada en la cual la razón es apenas una dimensión concurrente con otras. El mundo ya no es el resplandeciente y unívoco de los filósofos positivistas lógicos, o racionalistas, sino el mundo del paradigma razón no-razón, que busca atrapar la pluridimensionalidad del hombre.

La utopía es, pues, ese camino, esa medida desigual, esa coexistencia entre el mundo despierto y lúcido con el mundo onírico; esa pulsión de creación intelectual y artística; previsible e imprevisible; desigual; unidimensional y pluridimensional. La utopía ha descubierto que no existe sólo una lógica sino lógicas, dimensiones que no concurren al mismo fin sino que nos llevan en direc-

⁷ Sigmund Freud: "Lo inconsciente", en *Textos fundamentales del psicoanálisis*, Barcelona, Editorial Altaya, 1993, pág. 198.

⁸ *Ibid.*, pág. 208 y ss.

ciones opuestas. La utopía no es la ingenuidad, no busca un camino unívoco, claro, apromblemático sino caminos disímiles pero convergentes, lecturas sobrepuestas, hermenéuticas que se cruzan y una dimensión humana que supere el moralismo, la lógica totalitaria, la pretensión de dominarlo todo, de traducirlo en premisas unívocas, de crear consuelos, perdones e ideologías con postulados grandilocuentes... La utopía busca interpretar la vida en clave de complejidad, no ofrece fórmulas, no trata al hombre como una unidad monolítica, sino que descubre las rutas por las cuales podemos unir elementos de la razón y la no-razón, en cada una de las instancias de la vida; plantea una dinámica del individuo y la comunidad; el individuo no se disuelve en la socialidad; el individuo se vigoriza como base de la ética, del pensamiento, de la creación, pero pienso en un individuo social, ético, solidario, que tiene en miras una forma concreta de integración, de participación, de colaboración y ayuda con la comunidad.

Aproximarnos al hombre implica desmontar las ensoñaciones de la consciencia. La consciencia nos engaña porque nos hace creer que si pensamos algo conscientemente, ese algo tiene fundamento real y podemos defenderlo como verdadero. Vamos a tratar las cuatro falacias de la consciencia:

1°. *No reconocer el umbral de la consciencia.* El límite principal es el inconsciente. No todo lo psíquico es consciente. Algunas de las manifestaciones más corrientes de la vida social (ámbito afectivo, poder, personalidad...) en la cotidianidad tienen un origen inconsciente, si bien las percibimos a través de la consciencia (cognoscitiva) y la conciencia (ética), para la reflexión es fundamental reconocer su origen inconsciente. Sólo así hacemos justicia al pensamiento de la no-razón.

2°. *Las ilusiones de la consciencia.* Es el fenómeno que descubrió Schopenhauer, cuando caracteriza nuestra actividad psíquica jalonada por dos fuerzas, voluntad e intelecto. El intelecto es retórico, aduce razones, piensa que si algo es concebible racionalmente es posible praxiológicamente. La voluntad se encarga de operar el ámbito pulsional, de acercarnos a un conocimiento completo del ser. La voluntad es, en la concepción de Schopenhauer, una fuerza telúrica inconsciente, la gran energía que mueve la naturaleza. Todas las formas de vida –mónera, protista, hongos, vegetales y animales– se sirven de una voluntad perfecta. La inteligencia es superior en el hombre que en otras especies, pero la voluntad, propia de todos los vivientes, no es susceptible de mejoramiento; en los vegetales o en los insectos es tan perfecta como en el hombre. La voluntad decide con un criterio puramente pulsional. Ante las demandas de manifestarse afectivamente, o incluso de acción o de proyección en el mundo, su única respuesta es me gusta, no me gusta. Y se hace lo que la voluntad desea. Es el principio del placer que rige en el ello, según la caracterización de Freud. La voluntad es dictatorial; Nietzsche construirá a partir de ella la voluntad de poder, y Freud la libido. La oposición intelecto-voluntad, la cual corresponde en Freud a libido-inteligencia consciente, siempre me ha impresionado mucho, porque permite comprender de una manera paradójica la impotencia de la consciencia intelectual. Para no llevar el razonamiento al absurdo, conviene precisar que lo que mueve al hombre a adoptar una causa, un principio, a emprender una obra, a estudiar una carrera, a optar entre perspectivas sociales, culturales, políticas, es una manifestación de la voluntad, de la libido o de la voluntad de poder o, en otras palabras, de la no-razón, pero el proceso mismo de construcción intelectual, de ar-



Árbol de Santa María del Tule (Oaxaca).

mazón teórico, de realización praxiológica, proviene de la razón. La razón y la no-razón son complementarias; pero ignorar el mundo de la no-razón y adscribirlo a la razón como hace la filosofía tradicional conduce a un mundo unilateral, moralista, mediocre y chato.

3°. *La consciencia falsa*. Esta la vamos a llamar la resistencia a la verdad. Freud y en gran medida el psicoanálisis han librado una lucha en pro del desocultamiento. La consciencia falsa está ejemplificada en el drama de Edipo. Edipo protesta porque se niega a ser el hombre que se confronta con el desenlace de la tragedia. Como ha escrito Paul Ricoeur: "De este modo, la tarea de veracidad nos es propuesta en el punto central de la dificultad de vivir. En la historia de Edipo, la verdadera tragedia no es haber matado, sin haber querido, a su padre y haberse casado con su madre; eso tuvo lugar en el pasado; es su destino pasado; lo trágico es que el hombre que él ha maldecido por el crimen de otro, es él mismo, y que debe reconocerlo. La sabiduría sería reconocerse y dejar de maldecirse. Sin embargo, el viejo Sófocles, al escribir *Edipo en Colona*, sabía que Edipo, aun ya viejo, no había acabado con la "cólera" contra sí mismo.

Se comprende ahora por qué es vano pedir al psicoanálisis una ética inmediata sin haber cambiado previamente su consciencia: el hombre es un ser mal acusado⁹.

La consciencia construye justificaciones que nos hacen aparecer mejores, que buscan no asumir las consecuencias o asumir culpas por una conducta inevitable, en la cual hemos sido factores en vez de sujetos. Tenemos que aproximarnos a la consciencia con una fenomenología muy crítica.

4° *La mala consciencia*. En *La genealogía de la moral*, Nietzsche, reflexionando sobre la aparición y el desarrollo diacrónico de los conceptos relativos a la moralidad y haciendo uso de un gran sentido crítico, se encuentra intuitivamente con lo que denomina la mala consciencia. Este fenómeno tardío estaría posibilitado por la jaula de hierro de la civilización. El hombre, que en períodos tempranos de la historia podía hacer uso de la aventura, del capricho, desfogar sin restricción sus tendencias agresivas –lo que Freud llamaría Tánatos, o la pulsión autodestructiva–, de una manera más o menos incoercible en el ámbito de la civilización, aparece como una fiera enjaulada. Si consideramos con Jung que el inconsciente fue la forma psíquica original y que mucho tiempo después, sin duda presionado por la civilización y el desarrollo de la razón, aparece la consciencia¹⁰, así tendríamos que, como afirma Nietzsche, " todos los instintos que no se desahogan hacia fuera se vuelven hacia adentro"¹¹; luego

todo el dolor, la soledad, las cortapisas y la opresión de la civilización traducidos en códigos, en prohibiciones, en procesos restrictivos, redundarían en la teoría del ello que explicará Freud en la metapsicología, como el lugar de lo prohibido, la censura, la inhibición y finalmente de la represión.

Esto nos deja una enseñanza para la utopía. Si bien hay necesidad de liberarse de la mala consciencia, la lucha no es únicamente contra los ordenamientos sociales, sino que al construir el paradigma razón-no-razón debemos buscar satisfacciones compensatorias al reglamentarismo y la coercibilidad. En la medida en que implementemos el paradigma razón-no-razón, el equilibrio psíquico consciente-inconsciente debe transferir las necesidades pulsionales de auto-destrucción a la realización de objetivos humanos creadores, lúcidos, realizadores. Pienso que la mala consciencia mata al hombre, lo lanza a la guerra o a la autodestrucción en la medida en que no puede reconvertir el Tánatos, en gran parte, en fuerza creadora y en otra parte en la lúdica.

La utopía parte de la crítica de la consciencia y se abre al inconsciente. El inconsciente fluye a la consciencia a través de las manifestaciones de la no-razón: en la expresión de los sentimientos, en el ámbito afectivo, en la creación intelectual o artística o en campos en los cuales concurre con la razón y juega un papel tan grande o mayor que ella. Así quien estudia el poder en una biografía o un fenómeno historiográfico atinente a la personalidad de los líderes, debe comprender que se mueve en un ámbito con una raíz inconsciente. El estudio o la comprensión de una decisión que en la medida en que rompe con intereses sociales y económicos sería motejada por muchos como irracional, con frecuencia, si se mira profundamente, puede ser comprendida como una manifestación de la no-razón. Cuando investiguemos manifestaciones que se han hecho conscientes, pero que pertenecen a la no-razón, debemos tener en cuenta para interpretarlos adecuadamente que corresponden a lógicas nuevas. Si les aplicamos la razón y la lógica formal o la logística, con la mentalidad preconcebida, estaremos contribuyendo a crear un mundo unilateral, intolerante, unidimensional. La no-razón debe ser interpretada como una dimensión diferente a la racional, que parte de otros principios, obedece a otras necesidades. Sólo así reconstruiremos la complejidad humana, pero al mismo tiempo la base para una sociedad libre, no totalitaria. La utopía es, pues, el camino de la libertad. La utopía consiste en reconstruir el hombre como ser inacabado, asimétrico, desigual, ser de posibles... Así se ha construido uno de los pilares del Vitalismo Cósmico.

⁹ Paul Ricoeur: *El conflicto de las interpretaciones*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pág. 147 y ss.

¹⁰ Carl Gustav Jung: *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo*, en *Obras completas*, vol. 9/1, Madrid, Editorial Trotta, pág. 257 y ss.

¹¹ Friedrich Nietzsche: *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza Editorial, 1980, pág. 96.

Descontando el inconsciente colectivo de Jung, tenemos:

1°. Un inconsciente ontogenético, que se alimenta de lo que acaece en nuestra vida, especialmente en la infancia; allí queda archivada la memoria de los sucesos afectivos. Allí quedan registrados especialmente, según pensaba Freud, los sucesos penosos, las cortapisas puestas por la educación a la manifestación libre de los impulsos y deseos.

2°. Un inconsciente social, basado en la introyección que previó Freud y desarrolló Melanie Klein. Esa introyección nos comunica inconscientemente imágenes de los acontecimientos sociales, de la personalidad de otros, de sus valores. No tenemos un conocimiento racional de esas vivencias que nos impresionaron profundamente, pero las hemos fijado en la mente a través de un aprendizaje intuitivo, en la observación de nuestros congéneres en la vida cotidiana.

El inconsciente ontogenético se comunica mediante la expresión de los sentimientos y en general del ámbito de la no-razón; el inconsciente social se comunica a través de actitudes. Para conocerlo y reprogramarlo, ya que implica un obstáculo para cambiar al hombre, pues los estereotipos de la vieja sociedad están calcados allí, se oponen y desvirtúan las mejores intenciones conscientes, debemos aplicar el método pedagógico del Vitalismo Cósmico, que he esbozado en otros ensayos.

A partir de la obra de Freud la comunidad filosófica y científica concibió al hombre como ser consciente-inconsciente; pero la praxis filosófica y científica sólo excepcionalmente se ha dado por aludida.

El estructuralismo, por ejemplo, concibe los sistemas de parentesco y otras estructuras

inconscientes en el estudio del mito. En general, se sigue haciendo una filosofía y una ciencia a partir de la consciencia. Si el hombre actúa, reflexiona y se comporta socialmente de una manera consciente, hay algo que se escapa en la comprensión del mundo, una dimensión cognitiva que puede ser muy valiosa para complementar el conocimiento consciente.

La razón deviene; en cada momento sólo capta lo histórico, lo conocido, lo establecido. La utopía es la puerta a los pasos próximos del devenir. Intuye por qué camino puede evolucionar un determinado asunto en la historia; pero ante todo, la utopía percibe los intereses de la emancipación y, sustentándolos, contribuye a ponerlos al orden del día en la consciencia pública. La evolución de la sociedad no es hoy un camino predeterminado, ni mucho menos fatal; esto lo sabemos a partir del principio de indeterminación de Heisenberg. El movimiento social es tendencial, por supuesto. Si bien la evolución depende de muchos factores, sí podemos contribuir al desarrollo de tendencias sociales y culturales que mejoren la condición humana. El proceso no es sencillo ni simple, pero la utopía es una apuesta abierta a la lucidez, a la creatividad humana y a la receptividad del proceso histórico hacia la emancipación. Determinadas causas y determinados momentos son más propicios que otros. La utopía es la medida de la indeterminación humana, de la capacidad de pensar lúcidamente lo que en la historia se da de una manera oscura y de reorientarlo con fines humanistas.

Para un artista, para un filósofo, para un creador, la utopía es una herramienta con la cual piensa, diseña posibilidades desconocidas e ignoradas, humaniza el mundo y si no lo logra todo, por lo menos puede vivir sin hundirse en la esquizofrenia.



El salto de Panamá.